

La devoción cristiana

John Nelson DARBY

biblicom.org

Índice

1 - La verdadera devoción es inseparable de la doctrina y del poder del Espíritu	3
2 - En medio de la incredulidad, la influencia cristiana puede producir devoción	3
3 - Cristo el motivo de la vida práctica	4
4 - Ser imitadores de Dios y caminar en el amor	4
5 - La devoción por amor, como Cristo	5
6 - La recompensa no es el propósito	5
7 - La fuente de la devoción es el amor de Cristo manifestado en la redención, aparte de cualquier mérito	6
8 - El amor derramado en nosotros es el amor conocido en Cristo . . .	7
9 - El propósito de la devoción, de qué se ocupa	7
10 - La verdadera devoción no es la benevolencia del hombre natural, sino la actividad del amor divino en el nuevo hombre y mediante el Espíritu Santo	8
11 - Una devoción cuya fuente no es Cristo ni el amor divino: un contraste con la devoción cristiana	9
12 - Los objetos y propósitos del servicio (cuando la vida fluye de Cristo y del poder del Espíritu Santo)	10
13 - El amor encuentra su gozo en servir, no en ser servido. Esto es lo que Cristo hace y hará	10
14 - La devoción mira a Dios en dependencia y obediencia	11
15 - La devoción de un corazón no compartido encontrará oposición .	12

16 - La libertad y el poder en el servicio en la medida en que la muerte se alcanza con Cristo 12

17 - Motivos y características de la vida cristiana: la cruz donde nos atenaza el amor de Cristo más la gloria que nos hace correr hacia la meta para ganar a Cristo y ser como él 13

18 - Tener el pensamiento de Cristo dirige toda la vida, no solo la devoción 14

19 - La verdadera devoción es la entrega total a Cristo –Cristo el único objeto de la vida y de los pensamientos, Cristo crucificado y Cristo en la gloria 15

1 - La verdadera devoción es inseparable de la doctrina y del poder del Espíritu

Si hay algo importante hoy, es la devoción cristiana: una devoción inseparable tanto de la doctrina como de la presencia y del poder del Espíritu, una devoción fundada en la verdad y producida por el poder del Espíritu. Nada, repito, puede ser más importante que esta devoción, ni para los propios santos ni para el testimonio de Dios.

Sin duda, no podemos dar demasiada importancia a la doctrina, al conocimiento claro y verdadero de la redención, a la presencia y al poder vivo del Espíritu enviado del cielo, a la esperanza bienaventurada de la venida de Cristo, que viene a llevarnos a sí mismo, para que donde él esté, estemos también nosotros, viéndole tal como él es y siendo hechos semejantes a él. Sin duda sentimos también cuán precioso es para nosotros saber que, si morimos, estaremos presentes con Cristo, que, habiendo resucitado de entre los muertos, no solo seremos bendecidos por él, sino bendecidos con él, y que ahora estamos unidos a él por el Espíritu Santo, porque todas estas cosas y muchas otras verdades relacionadas con ellas, si se guardan, si las retenemos firmemente por el poder del Espíritu Santo, nos separan del mundo, nos protegen de los razonamientos engañosos de la incredulidad que nos rodea, y se convierten en una fuente viva de gozo y esperanza para toda nuestra vida cristiana. Pero la expresión del poder de estas cosas en el corazón se verá en la devoción.

2 - En medio de la incredulidad, la influencia cristiana puede producir devoción

El cristianismo ha ejercido una gran influencia sobre el mundo, donde está abiertamente rechazado y donde se profesa que ha sido recibido. La sociedad reconoce como un deber asistir a los pobres, y suplir sus necesidades temporales; y donde la verdad es desconocida, y el cristianismo corrompido, esta corrupción se propaga grandemente por la manera en que, sobre el falso principio del mérito, se insiste en este deber, y se atiende diligentemente a él; incluso donde prevalece la incredulidad, la influencia del cristianismo permanece todavía en los hábitos, y el hombre se convierte en objeto de un cuidado diligente, aunque a menudo pervertido. –El testimonio del verdadero cristiano no debe faltar ciertamente en un lugar donde la

falsedad ha imitado los preciosos efectos de la verdad. Pero hay motivos más elevados que los que gobiernan el llamado mundo cristiano: y es sobre estos motivos y sobre el carácter de la devoción cristiana que deseo decir aquí unas palabras.

3 - Cristo el motivo de la vida práctica

Admito, como regla general, que, aparte del caso de un llamado especial de Dios, los cristianos deben permanecer en el estado en el que Dios los ha llamado. Pero esta posición es solo la esfera de su vida práctica. Los motivos y el carácter de ella deben buscarse más adelante, en Cristo. «Para mí», dice Pablo, «el vivir es Cristo» (Fil. 1), porque Cristo es tanto la vida como el objeto o motivo de la vida en nosotros, y aquel de quien nuestra conducta debería imitar su carácter.

4 - Ser imitadores de Dios y caminar en el amor

Hay en la vida divina 2 lados infinitamente preciosos para nosotros, ambos, y ambos cumplidos por Cristo y manifestados en él. Uno, que es Dios mismo; el otro, que es la actividad y manifestación de la naturaleza divina, que es el amor, el testimonio divino de esa naturaleza. Estos 2 lados de la vida divina pueden contemplarse en Cristo: su comunión con su Padre era perfecta; su deseo de glorificar a su Padre era también perfecto. Podía decir de su vida aquí que era: «por amor del Padre» (διὰ τὸν πατέρα) (Juan 6:57); pero era al mismo tiempo, a costa del sacrificio de sí mismo, la manifestación del amor divino hacia los hombres: estas 2 partes de la vida de Jesús están inseparablemente unidas entre sí. Su Padre era su gozo y su objeto, siempre; el ejercicio de su amor y la manifestación de su Padre, de la naturaleza divina, eran en él igualmente constantes y perfectos. Pero esta era su devoción, una devoción que estaba aliada con otro principio rector de su vida, a saber, la obediencia absoluta a la voluntad de su Padre, siendo la voluntad del Padre el motivo constante de su actividad.

El amor al Padre y la obediencia al Padre dieron forma y carácter a su amor por nosotros. Es lo mismo cuando se trata de nosotros, con la única diferencia de que él mismo está ante nosotros como el objeto más inmediato, sin que esto, sin embargo, sea en modo alguno un obstáculo para la manifestación por nuestra parte de la naturaleza divina en el amor. «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amados, y

andad en amor, como Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante» (Efe. 5:1-2). ¡Qué plenitud y grandeza de motivos y de carácter se manifiestan en estas palabras! Seguimos las huellas de Dios, somos imitadores de Dios. Caminamos en amor, tal como Cristo nos amó. El amor divino, tal como se manifestó en Cristo, actúa en nosotros, sin límites, plenamente. Él se entregó, él completamente. «Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros» (comp. Gál. 2:20; Efe. 5:25); pero la ofrenda fue hecha a Dios; Dios fue el objeto y el motivo que constituyó su perfección. «Cristo se entregó a sí mismo como ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante». Así es como estamos llamados a caminar (comp. 1 Juan 2:6; Fil. 2:5-8): debemos imitar a Dios, seguir a Dios en aquel en quien él se ha manifestado.

5 - La devoción por amor, como Cristo

Si hay felicidad en alegrarse en Dios que es amor, la hay también en seguirlo en el amor que él ha ejercido. Pero manifestado en Cristo como hombre, este amor tiene por objeto a Dios. Lo mismo sucede cuando viene a nosotros: el amor que desciende de Dios, operando en el hombre, siempre vuelve a subir a Dios como a su objeto justo y necesario; nunca puede descender más que la fuente de la que procede, quien sea aquel hacia el que se ejerce. Todo el incienso de la torta se quemaba en el altar, por dulce que fuera el olor para los presentes (Lev. 2:2, 16). Este es el carácter esencial y la excelencia del amor divino; y su acción en nosotros, en sí misma, no es inferior a su acción en Cristo: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros, y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Juan 3:16). Para nosotros, por supuesto, no se trata de una copa de ira. En la cruz, como sufriente de parte de Dios por el pecado, Cristo estuvo solo; pero en el sacrificio de sí mismo que contemplamos en él, estamos llamados a manifestarlo, como teniendo su vida en nosotros, como teniéndole sí mismo en nosotros (comp. Gál. 2:20; 2 Cor. 4:10, 11; 1 Juan 5:11-12, etc.).

6 - La recompensa no es el propósito

Pero vale la pena que nos detengamos un momento en este punto, antes de hacer su aplicación práctica en la exhortación de los hermanos.

Huelga decir que cualquier idea de recompensa, ya sea como motivo para la acción o como mérito, destruye por completo la verdadera devoción, porque no hay amor en esa idea, sino la actividad del yo, pidiendo como Santiago y Juan un buen lugar en el reino ([Marcos 10:35ss](#)). La Escritura habla de recompensa, pero habla de ella como un estímulo para nosotros en medio de dificultades y peligros, a los que nos han conducido motivos más elevados y verdaderos. Así dice del mismo Cristo que «por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza» ([Hebr. 12:2](#)), cuando sabemos muy bien que el motivo de Cristo era el amor. De la misma manera leemos de Moisés que «miraba a la recompensa» y que «se mantuvo firme, como viendo al invisible» ([Hebr. 11:26-27](#)), cuando el motivo que le impulsaba era el interés que tenía por sus hermanos. La recompensa se presenta siempre así en la Escritura, y de esta manera es una gran bendición; y cada uno recibe su recompensa según su propia obra (comp. especialmente [Gál. 6:7-9, 5](#); y también [Lucas 19:12-27](#)).

7 - La fuente de la devoción es el amor de Cristo manifestado en la redención, aparte de cualquier mérito

La fuente de toda verdadera devoción es el amor divino que llena el corazón y obra en él según la expresión del apóstol: «El amor de Cristo nos abraza» ([2 Cor. 5:14](#)). La forma y el carácter que adopta deben leerse en la vida de Cristo, por consiguiente, ante todo hace falta conocer la gracia para nosotros mismos, porque así es como llegamos a conocer el amor. Aprendemos lo que es el amor divino en la redención divina, y esa redención nos coloca en la justicia divina ante Dios. Así queda excluida cualquier pretensión a algún mérito o justicia propia, y destruida la búsqueda de sí mismo: «La gracia reina por la justicia para vida eterna por medio de Jesucristo» ([Rom. 5:21](#)). El amor perfecto e infinito de Dios intervino en nuestro favor «cuando aún éramos pecadores» ([Rom. 5:8](#)); se ocupó de nuestras necesidades, nos dio la vida eterna, cuando estábamos muertos en nuestras faltas y pecados; nos dio el perdón y la justicia divina, cuando éramos culpables; nos da ahora a gozar del amor divino, a gozar de Dios por medio de su Espíritu que mora en nosotros, y a tener seguridad para el día del juicio, porque como Cristo es, él el Juez, estamos, también nosotros, en este mundo ([1 Juan 4:17](#)).

Hablo aquí de todo esto desde el punto de vista del amor divino que está manifestado

en ello. Sin justicia, era imposible para Dios derramar sobre nosotros las aguas de la gracia, pero Cristo ha satisfecho por nosotros las exigencias de la gloria de Dios, y por él nuestros corazones son libres para gozar del amor de Dios, que ya nada obstaculiza en su ejercicio; el amor ha sido manifestado al hombre en el Hombre, pues los mismos ángeles de Dios aprenden cuáles son «las inescrutables riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Efe. 2:7). El corazón está así ligado a Cristo; somos llevados a Dios en él, y Dios en él es llevado a nosotros: nada nos separa de su amor, y nuestras almas elevadas a lo alto son santificadas de este modo. Bendecimos y adoramos a Dios que así se ha revelado, y nuestro gozo –gozo de la adoración– está en Cristo.

8 - El amor derramado en nosotros es el amor conocido en Cristo

Así nos acercamos a él y tenemos comunión con él, no solo estamos unidos a Cristo, sino que somos conscientes de nuestra unión con él por medio del Espíritu Santo, y el amor divino se derrama en y a través de nuestros corazones; estamos animados por él del mismo amor del que gozamos. Como dice Juan, «Dios» realmente «habita en nosotros»; y como dice Pablo, «el amor de Dios se derrama en nuestros corazones» (1 Juan 4:12; Rom. 5:5). El amor es así derramado como lo fue en Cristo; sus objetos y motivos son los mismos que él mismo tuvo, excepto que él mismo está siempre ante nosotros como Aquel que es la revelación del amor, que es así, «el amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom. 8:39), –Dios, pero Dios revelado en Cristo en quien hemos conocido el amor.

9 - El propósito de la devoción, de qué se ocupa

Toda devoción verdadera, pues, tiene a Cristo como su primer y gran objeto; luego «los suyos que están en el mundo», y después «nuestro prójimo»; primero sus almas, luego sus cuerpos, y todas sus necesidades. La vida de amor y de verdad del Salvador gobierna y dirige nuestra vida, pero su muerte gobierna y dirige el corazón: «En esto hemos conocido el amor, en que Él dio su vida por nosotros; – el amor de Cristo nos abraza, en que hemos juzgado esto: que si uno murió por todos, todos por tanto murieron, y Él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para

sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó» (1 Juan 3:16; 2 Cor. 5:14-15).

10 - La verdadera devoción no es la benevolencia del hombre natural, sino la actividad del amor divino en el nuevo hombre y mediante el Espíritu Santo

Es importante notar que, así como la redención y la justicia divina son aquello por lo cual reina la gracia y se conoce el amor, y así queda excluida toda idea de mérito y justicia propia, así también es una vida nueva en nosotros, –que goza del amor de Dios y a quien ese amor le es precioso–, la única que, por ser de la misma naturaleza, moralmente, es capaz también de gozar de la bendición que hay en él, y en la cual su amor divino opera hacia los demás: no es la benevolencia del hombre natural, sino la actividad del amor divino en el nuevo hombre. La verdad del amor está puesta así a prueba, porque, para esta naturaleza, Cristo tiene necesariamente el primer lugar; y el amor opera según la apreciación del bien y del mal que solo el nuevo hombre posee y de la cual Cristo es la medida y el motivo. «Pues», dice Pablo, «según su poder, y más allá de su poder, actuaron espontáneamente..., no solo como habíamos esperado (en el ejercicio práctico del amor), sino que se entregaron primero al Señor y luego a vosotros por voluntad de Dios» (2 Cor. 8:3-5).

Pero no solo hay una nueva naturaleza, sino que nuestros cuerpos son «templos del Espíritu Santo» (1 Cor. 6:19), y el amor de Dios está derrama en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. 5:5); y así como fluye a través de nosotros como una fuente hasta la vida eterna, también fluyen de nosotros ríos de agua viva por medio del Espíritu Santo que hemos recibido (Juan 4:14; 7:37-39).

Toda verdadera devoción, pues, es el resultado de la acción del amor divino en los redimidos, por medio del Espíritu Santo que les ha sido dado.

11 - Una devoción cuya fuente no es Cristo ni el amor divino: un contraste con la devoción cristiana

Puede encontrarse en el mundo un celo que recorre cielo y tierra; pero este celo sirve a prejuicios, o es obra de Satanás. La benevolencia natural puede tomar un título más hermoso, mientras que se irrita cuando no es aceptada por sí misma. Puede haber en otros un sentimiento legal de obligación, y una actividad legal que, por la gracia, puede llevar más lejos, pero que en sí misma es el resultado de la presión que este sentimiento legal ejerce sobre la conciencia, y no la actividad del amor. La actividad del amor no destruye el sentimiento de este deber en el cristiano, sino que cambia todo el carácter de su obra. «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (2 Cor. 3:17). En Dios, el amor es activo, pero soberano; en el cristiano, es activo, pero un deber, a causa de la gracia. El amor debe ser libre para que tenga carácter divino, para que sea amor; pero se lo debemos enteramente y más que enteramente a Aquel que nos amó. El Espíritu que mora en nosotros es un Espíritu de adopción y, por tanto, de libertad respecto a Dios; pero vincula el corazón a Dios, como dice Pablo: «El amor de Cristo nos abraza». Todo sentimiento justo en una criatura debe tener un objeto, y para que el sentimiento sea justo, es necesario que ese objeto sea Dios, y Dios revelado en Cristo como el «Padre», porque es de este modo que Dios posee nuestras almas. Por eso Pablo, hablando de sí mismo, dice: «Con Cristo estoy crucificado, y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe, la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2:20).

La vida de Pablo era una vida divina: «Cristo vivía en él», pero esa vida era una vida de fe, una vida vivida enteramente por un objeto; y ese objeto era Cristo, –Cristo conocido como el Hijo de Dios que amaba a Pablo y se había entregado por él. Este es el carácter práctico de la devoción cristiana y el motivo que la gobierna: el cristiano vive para Cristo. Vivimos «a causa de Cristo» (Juan 14:19; 6:57). Cristo es el objeto y la razón de ser de nuestra vida (todo, fuera de esto, es esfera de muerte), pero en la fuerza del sentimiento de que él mismo se entregó por nosotros. «El amor de Cristo nos abraza, en cuanto que hemos juzgado que si uno murió, todos murieron, y que Él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5:14-15). Así es la vida del cristiano; puede encontrar en Cristo un motivo para sus deberes de todo tipo, pero la razón de ser y la finalidad de su vida están ahí. No somos nuestros, porque fuimos comprados por precio, y hemos de glorificar a Dios en nuestros cuerpos (1 Cor. 6:20).

12 - Los objetos y propósitos del servicio (cuando la vida fluye de Cristo y del poder del Espíritu Santo)

En lugar de estar sometido a una ley, luchando o deteniendo una voluntad que busca su propia satisfacción, el cristiano, feliz y colmado de gratitud, está lleno del sentimiento de que se debe al amor del Hijo de Dios; su corazón capta este amor y conoce el objeto en una vida que fluye de Cristo y del poder del Espíritu Santo. Es una ley de libertad la que así reina; el corazón no puede tener otros objetos de servicio que aquellos que la vida de Dios puede tener, y que el Espíritu Santo puede presentarle; y el servicio al que se consagra, es el libre ejercicio de un corazón feliz. La carne no puede tener el mismo pensamiento que el nuevo hombre y el Espíritu Santo; sus objetos son otros, y trata de estorbar la vida de Dios en nosotros. Pero la vida de Dios se mueve en la esfera, en la que Cristo vive; ama a los hermanos, porque Cristo los ama; ama a todos los santos, porque Cristo así hace; busca a todos aquellos por los que Cristo murió, sabiendo bien que solo la gracia puede traerlos; ella «todo lo soporta por los elegidos, para que obtengan la salvación que es en Cristo Jesús, con gloria eterna» (2 Tim. 2:10); busca «presentar perfecto en Cristo a todo hombre» (Col. 1:28); quisiera ver a los santos crecer hasta Aquel que es el Soberano sobre todas las cosas y verlos caminar «de una manera digna del Señor» (Efe. 4:11-16; Col. 1:9 y sig.); busca presentar la Asamblea como una virgen casta a Cristo (2 Cor. 11:2); persevera en su amor, aunque amando mucho más, es amada menos; está dispuesta a soportar los sufrimientos como un buen soldado en Cristo Jesús (2 Cor. 12:15; 2 Tim. 2:3, 9-10; Fil. 2:17).

13 - El amor encuentra su gozo en servir, no en ser servido. Esto es lo que Cristo hace y hará

La vida de un hombre está considerada por los motivos que la rigen, y debe ser juzgada según esos motivos: el hombre de placer disipa sus bienes, el ambicioso lo sacrifica todo a la posición que persigue; ambos juzgan todas las cosas según el placer o el poder que obtienen de ellas; el avaro las tasa de locura, y mide el valor de las cosas según las riquezas que pueden darle. El cristiano juzga todas las cosas por Cristo: si algo estorba Su gloria, en sí mismo o en otro, rechaza esa cosa y se separa de ella, no como haciendo un sacrificio, sino como deshaciéndose de un obstáculo; todo lo estima como pérdida, como basura, por la excelencia del conocimiento de Jesucristo

nuestro Señor; ¡y rechazar tales cosas ante otra de tan gran precio no es un sacrificio muy doloroso! El *ego* ha desaparecido; «lo que para mí era ganancia» ha dado paso a cosas mejores. ¡Qué liberación para nosotros! Una liberación de precio infinito para nosotros y que nos eleva moralmente.

Cristo, sí mismo, se entregó; y nosotros, tenemos el privilegio de olvidarnos de nosotros mismos y vivir para Cristo. Nuestro servicio de amor tendrá su recompensa, pero el amor encuentra su propio gozo en servir en el amor. El *yo* ama ser servido; el amor encuentra su felicidad en servir; y así Cristo hace por nosotros ahora, mientras estamos en la tierra, el servicio de su amor; y así lo hará por nosotros cuando estemos en la gloria (Juan 13:1-17; Efe. 5:26, 29; Hebr. 2:17-18; 7:26 al 8:3; Lucas 12:37). Y nosotros, si Dios nos concede el privilegio, ¿no imitaremos y serviremos a Aquel que tanto nos amó? ¿No nos entregaremos a él? Vivir para Dios, interiormente, es la única manera de vivir para él, exteriormente. Toda actividad exterior, que tiene otra fuente o se rige por otro motivo, es carnal, e incluso es un peligro para el alma, en cuanto que tiende a llevarnos a prescindir de Cristo y en cuanto que da cabida al *ego*. La devoción cristiana es otra cosa: tiene por objeto a Cristo, y nos hace buscar estar con él. Una gran actividad, sin mucha comunión, es peligrosa; pero cuando el corazón está cerca de Cristo, vive para él.

14 - La devoción mira a Dios en dependencia y obediencia

La forma de devoción y de actividad externa está gobernada por la voluntad de Dios y la competencia para servir; porque la devoción es humilde, santa, haciendo la voluntad del Maestro, pero el espíritu de devoción indivisa a Cristo, es la verdadera participación de todo cristiano. Tenemos necesidad de sabiduría: Dios la da gratuitamente. Cristo es nuestra verdadera sabiduría. Tenemos necesidad de poder: lo encontramos en la dependencia de Aquel que nos fortalece. La dependencia, así como la humildad, caracterizan la devoción, como ellas adornaron la vida de Cristo. La devoción mira al Señor y cuenta con él; tiene valor y confianza en el camino de la voluntad de Dios, porque se apoya en el poder divino en Cristo. *Él* todo lo puede. Por eso la devoción es también paciente, y realiza su servicio según la voluntad y la Palabra de Dios, porque, entonces, Dios puede intervenir y hace todo lo que es bueno.

15 - La devoción de un corazón no compartido encontrará oposición

Hay otro aspecto de este tema, del que debemos decir unas palabras. El servicio dedicado de un corazón no compartido es en sí mismo gozo y bendición sin mezcla; pero estamos colocados en un mundo, donde este servicio encontrará oposición y será rechazado; y el corazón naturalmente querría salvar el yo, como vemos en Pedro, cuando el Señor lo trató de adversario (Mat. 16:21-26). La carne retrocede instintivamente ante el hecho y el efecto de la devoción a Cristo, porque quien se consagra, renuncia a sí mismo y atrae sobre sí el desprecio, el olvido y la oposición. Debemos tomar nuestra cruz para seguir a Cristo y no volver atrás para despedirnos de los nuestros que se han quedado en casa, porque mientras que hablamos de despedirnos de los que están en nuestra casa (véase Lucas 9:61-67), esa casa sigue siendo nuestra «casa» y no seremos más que «Juan llamado Marcos» en la obra (véase Hec. 15:37-39). Quien dice a Jesús: «Déjame a mí primero», no da a Cristo el primer lugar: su devoción no está compartida, su ojo no es simple. Pero, ¡qué difícil es para el corazón no buscarse a sí mismo, no escatimarse a sí mismo, no tener indulgencia de sí mismo! Sin embargo, todo esto no es devoción a Cristo, sino todo lo contrario.

16 - La libertad y el poder en el servicio en la medida en que la muerte se alcanza con Cristo

Por tanto, si hemos de vivir para Cristo, debemos considerarnos muertos, y por vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom. 6:1-14; 2 Cor. 4:10; 5:14-15; Col. 3:3 y sig.); pero si dejamos actuar a la carne, si toleramos su actividad en el sentido práctico, será de hecho un continuo estorbo para nosotros, y el desprecio y la oposición que encontremos, se convertirán en una carga para nosotros, no en una gloria. Es necesario que «llevemos», como Pablo, «la muerte de Jesús en todo el cuerpo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Cor. 4:10), y que así «la sentencia de muerte» se cumpla en nosotros (2 Cor. 1:9). Aquí el Señor viene en nuestra ayuda, en medio de nuestras dificultades y pruebas, y «somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Rom. 8:37-38): nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Pero cuando se trata del gobierno de nuestro propio corazón, haremos la experiencia que esto: «llevar siempre por todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús», es algo muy difícil y pone a prueba el estado interior del alma; y, sin embargo, no hay libertad ni poder en el servicio, que en la medida en la que hacemos realidad esta muerte constante, el poder vinculándose a la conciencia de la gracia. Es el poder del sentimiento que tenemos de que él murió y se entregó por nosotros, lo que, a través de la gracia, nos lleva a considerarnos muertos a todo menos a él. El camino puede ser comparativamente fácil; y tal es el servicio exterior, cuando la oposición del yo y el poder de Satanás no pesan sobre el alma. Pero si la muerte de Cristo ha de cumplirse incesantemente en nosotros, contra nuestro yo puesto a descubierto por la cruz, Cristo debe ser necesariamente todo en nuestros afectos. El verdadero poder y la verdadera cualidad de la obra, las operaciones del Espíritu de Dios a través de nosotros, encuentran ahí su medida.

Este es el único camino de devoción ante Dios, el único sendero para estar lleno del poder de Dios y del pensamiento de Cristo en el servicio que nos ocupa. La vida solo está ahí. Todo lo demás en nuestra vida, por no hablar de la perdición y el juicio, *perece* cuando exhalamos nuestro último suspiro, como perteneciente al primer Adán y a la escena en la que se mueve, y no al segundo hombre, el último Adán. La vida que vivimos mediante Cristo permanecerá como vida.

17 - Motivos y características de la vida cristiana: la cruz donde nos atenaza el amor de Cristo más la gloria que nos hace correr hacia la meta para ganar a Cristo y ser como él

Los motivos que gobiernan y el carácter de la vida cristiana son *la cruz* y *Cristo en la gloria*. El amor de Cristo nos atenaza, en la cruz, para que nos entreguemos enteramente a él, que tanto nos amó, que *sí mismo se entregó* por nosotros. Cristo, en la gloria, nos hace correr hacia la meta, para que ganemos a Cristo y que le seamos semejantes, y llega a ser la fuente y el poder de esperanza para nuestro camino. ¡Qué poder y persuasión en la cruz, si alguna vez la hemos comprendido! Pero, ¡qué humildes! ¡Qué pequeños somos ante tanto amor! ¡Cuán llenos estamos del amor de Cristo! El amor de Cristo se apodera de nuestro corazón, nos atenaza. Deseamos vivir para Aquel que sí mismo se entregó por nosotros. La perfección de

la ofrenda, lo absoluto y perfecto del acto, por el que fue ofrecida, junto con el amor por nosotros del que ella es la expresión, todo ello tiene poder sobre nuestras almas: «Por el Espíritu eterno sí mismo se ofreció sin mancha a Dios» (Hebr. 9:14).

El sentimiento de que no nos pertenecemos, nos hace más conscientes de los derechos que Cristo tiene sobre nosotros; y todo pensamiento de mérito en nuestra devoción desaparece. Tales son los caminos sabios y santificadores de nuestro Dios. Por otra parte, ¡cómo el pensamiento de «ganar a Cristo» hace que todo lo que nos rodea sea «desperdicio» y «basura», por la excelencia del conocimiento de su persona! Agradarle, poseerle, estar con él y semejante a él para siempre, ¿qué puede compararse a eso? Todo lo que hacemos, por el motivo que lo impulsa, está revestido del valor de Cristo. El corazón se ensancha, porque todos aquellos a quienes Cristo ama nos son queridos, y al mismo tiempo el corazón está guardado contra todo relajamiento, contra todo lo que sería solo licencia de los sentimientos naturales, porque estamos firmemente ligados a Cristo. Lo que no es su gloria es imposible. El pecado está prácticamente excluido del corazón por el poder de los afectos divinos, porque él llena el corazón; él es el objeto de la nueva naturaleza en nosotros, y esta vive prácticamente solo con sus ojos fijos en él.

18 - Tener el pensamiento de Cristo dirige toda la vida, no solo la devoción

Lo que acabamos de decir se aplica a todo en nuestra vida, porque debemos hacer en todas las cosas lo que agrada a Cristo. La vestimenta, la moda del mundo, la mundanidad, bajo todas sus formas desaparece, porque no pueden parecerse ni ser agradables a Aquel a quien el mundo rechazó, porque daba testimonio que sus obras eran malas. La corriente y el carácter de los pensamientos no son mundanos y no tienen el mundo en vista, excepto para satisfacerlo, si es posible. El cristiano está llamado a ser la epístola de Cristo (2 Cor. 3). Cuando Cristo posee el corazón, los motivos, los pensamientos, las relaciones del mundo no entran en él; pero Cristo, animando y dirigiendo todo en su interior, y el corazón relacionando todo con Cristo, el carácter de Cristo mismo está reproducido así ante el mundo. El cristiano está guardado del mal por la práctica del bien que está en Cristo, en la práctica del amor de Dios. Su corazón está ligado a Dios, y la plenitud de Dios se derrama en la medida en que el vaso la contiene. El amor de Dios, derramado así en el corazón, es activo. «Cristo purificó para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito

2:14).

El amor de Cristo fue activo: es activo en nosotros. Está dirigido por el pensamiento de Cristo. Ama a los hermanos como hizo Cristo, es decir, teniendo su fuente en sí mismo y no en sus objetos; siente todos sus dolores y sus debilidades, permaneciendo por encima de todos ellos para llevarlos, soportarlos y encontrar en ellos la ocasión de un santo ejercicio; está al mismo tiempo lleno de ternura, y está firme y consecuente en el camino de Dios, porque tal era el amor de Cristo. Es al mismo tiempo obediente, cualquiera que sea su devoción y actividad, pues una criatura no puede tener una voluntad justa, ya que la justicia en una criatura es *la obediencia*. Adán cayó por tener una voluntad independiente de Dios. Cristo vino para hacer la voluntad de Aquel que lo había enviado; y en su más gloriosa devoción, su camino fue siempre el de la obediencia: «El príncipe de este mundo viene, y nada tiene en mí, sino para que el mundo conozca que amo al Padre; y como el Padre me ha dicho, así hago yo» (Juan 14:30-31). El amor y la obediencia guían así la devoción y nos mantienen en paz y humildad.

19 - La verdadera devoción es la entrega total a Cristo –Cristo el único objeto de la vida y de los pensamientos, Cristo crucificado y Cristo en la gloria

En resumen, pues, la verdadera devoción es la entrega sin compromiso a Cristo; Cristo es el único objeto de la vida y de los pensamientos, cualesquiera que sean los deberes en los que este motivo nos llama a ser fieles; esta vida no se conforma al mundo que ha rechazado a Cristo; se desarrolla en una gozosa y celestial esperanza, que está unida a Cristo en la gloria, a Cristo que vendrá y nos tomará para sí, haciéndonos semejantes a él. Somos como hombres que esperan del cielo a su Señor; su amor nos atenaza y nos ocupa con lo que a él le ocupa e interesa. Cristo crucificado y Cristo en la gloria, como nuestra esperanza, son los 2 centros en torno a los cuales gira toda nuestra vida.

¡Qué diferencia hay entre esta vida de devoción y la bondad natural del hombre! «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5:16). El Señor no dice a sus discípulos que hagan brillar sus buenas obras delante de los hombres; dice expresamente lo contrario en otra parte; pero quiere que el testimonio que dan de

él sea tan claro y positivo que los hombres sepan a qué atribuir sus buenas obras, y que glorifiquen a su Padre que está en los cielos.

Que podamos pues, cristianos, por gracia, ser devotos, devotos sin compartir, en todos nuestros caminos, de corazón y de alma, a Aquel que nos amó y que sí mismo se entregó por nosotros.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1864, página 221